

MISCELANEA

INTRODUCCION A LOS VIAJES DE FRANCISCO DE MIRANDA POR
SUIZA, 1788, *¡BENDITA LIBERTAD!*, PUBLICADO POR BENTATA HOET
& ASOCIADOS. CARACAS 1992
(PROLOGO DE JOSE LUIS SALCEDO BASTARDO)*

Por GLORIA HENRÍQUEZ

Entusiasmado con su viaje por Italia, Goethe escribía en 1786: “Nada se compara con la vida nueva que da al hombre que reflexiona, la observación de un país nuevo”. Era la época de la gran moda del viaje por Europa. El “Grand Tour”, como se le llamaba entonces. Un ciclo de enseñanza superior que practicaban las personas de calidad, y jóvenes de gusto y cultura, que una vez terminados sus estudios, salían a recorrer toda Europa para pensar el mundo. La novedad venía de Inglaterra, el primer país abierto a la vida moderna, debido a su comercio y prosperidad económica.

El historiador Gibbon cuenta que, en 1785, cuarenta mil ingleses habían visitado Italia, y pronto esta originalidad, que ya venía de atrás, alentada por la literatura de viajes que estaba en boga, cundió por el continente. Montesquieu apuntaba: “ellos han querido salir de las nubes que cubrían sus ojos, en sus países de origen, persuadidos de que el espíritu del sabio no se ilustra sino por la comparación de las diversas costumbres de los hombres”.

El peregrinaje era esencialmente pedagógico. Se efectuaba para cultivar el espíritu e instruirse, completar la educación recibida y desarrollar su cultura, por el bien propio y el de la sociedad. Comunicando los conocimientos, comparándolos con los del país nativo, y guardando lo positivo de las nuevas observaciones, se contribuía a la prosperidad de la nación.

Pero para que el itinerario diera buenos resultados, había que prepararse, pues no se era buen observador si faltaba la instrucción primordial. Antes de salir a conocer a los demás, había que conocerse a sí mismo. Se exigía adquirir de antemano sólidos rudimentos de las ciencias y de las artes para preparar el espíritu a la reflexión. No se desconocían en aquel momento los mejores autores de la historia antigua y moderna, ni tampoco los relatos de viajes, célebres por la erudición de escritores como Sterne, Goethe, Chandler, Gibbon, Pöllnitz, Silhouette,

* Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón Letra “F”.

Hazlitt, Coxe, Young, Lady Montagu, Casanova, Alfieri, Winckelmann y tantos otros, que habían ayudado a despertar, con sus descripciones, el interés por sus vecinos. Viajar en el siglo XVIII era toda una ciencia.

Una vez sobre el terreno, diferenciar lo esencial de lo accesorio constituía una máxima que en el siglo XVIII se tomaba muy en cuenta. Goethe, en su diario de viaje por Italia, citando a un antiguo sabio, recordaba que el hombre cuyas fuerzas no se inclinan a lo necesario y útil, ocúpase, de buen grado, en lo innecesario y nocivo. Rousseau insistía igualmente en la utilidad del viaje y de la instrucción recibida, porque la instrucción —decía— sin un fin determinado, no era nada.

La filosofía que debía acompañar al viajero queda plasmada en unas líneas de Gibbon, cuando expresa que el arte de vivir no se aprende en una habitación, y que al pesado bagaje del saber clásico e histórico, el viajero debía unir conocimientos prácticos sobre agricultura e industria; debía ser a la vez químico y botánico, y versado en las ciencias mecánicas. Un oído musical, agrega, en un viaje por Italia, multiplicará los placeres, pero un ojo abierto y apto para captar los paisajes, distinguir los méritos de un cuadro, medir las proporciones de un edificio, está estrechamente ligado a la más fina sensibilidad de espíritu. Por su parte, Hazlitt recomendaba, cuando se iba a un país extranjero, llevar el sentido común y dejar en casa los prejuicios o las ideas preconcebidas.

Sin prejuizar, dejando de lado el amor propio y la impaciencia, el hombre que viajaba tenía que saber distinguir el espíritu de las leyes sabias y formas de gobierno, y adentrarse en los lugares más lejanos del condado para detectar sus buenos o malos efectos.

La agricultura, fuente de riqueza, poderío y felicidad de las naciones que sabían desarrollarla, merecía atención particular, así como las costumbres y modo de vida de los habitantes del campo; estado de las manufacturas y del comercio, mientras se meditaba sobre el origen de las naciones, períodos de expansión y decadencia, riquezas y recursos.

La difusión del saber se verificaba a través de los libreros, grandes bibliotecas públicas y privadas, y en función de la calidad de sus ediciones y manuscritos originales. Asimismo en los laboratorios y gabinetes de objetos raros, coleccionados por sabios. Acercarse a los hombres que merecían la estima y consideración de sus conciudadanos, y hablar con un hombre ilustrado significaba afincar conocimientos que costaban años de trabajo, investigación y experiencia.

Además de informaciones de carácter práctico, reglas y cuidados que debían observarse durante el trayecto, y aparte del caudal intelectual del peregrino, el "diario de viaje" era cosa muy importante. Se aconsejaba guardarlo en lugar seguro para no perderlo, sobre todo si las anotaciones eran significativas. Se llegó a inventar, inclusive, un ceñidor de cuero que se llevaba pegado al cuerpo, debajo de la vestimenta, con varios bolsillos o compartimentos, para guardar los papeles de interés.

El viajero debía proveerse de buen papel, pluma y tinta, para que lo escrito no se borrara fácilmente. Escribir rápida y legiblemente, y ser capaz de copiar un

manuscrito prontamente. Anotar de inmediato lo digno de señalar, a más tardar en la noche antes de acostarse, con el fin de no olvidar lo esencial y evitar la acumulación de materias, sacrificando la belleza de estilo, porque lo conveniente mandaba figurar la realidad de manera espontánea y viviente.

En este orden de ideas, Francisco de Miranda es sin duda un hombre del siglo XVIII y un viajero ilustrado. Habiendo recibido clásica y temprana educación en el colegio y Real Universidad de Santa Rosa de Caracas, hasta concluir sus estudios de filosofía, derecho e historia, su vocación era la de viajar a Europa y servir en un primer momento al Rey de España.

La vida y las circunstancias hacen que Miranda vea truncado su designio, dando paso a otro anhelo más incrustado en su ser, y para lo cual se había preparado desde pequeño: "viajar por los países más civilizados del mundo".

Para sustraerse de la cábala española y aprovechar a la vez el tiempo, un buen día de abril de 1783, decide dirigirse a los Estados Unidos de América, y dar comienzo a sus viajes por países extranjeros, lo que fue siempre su intención una vez concluida la guerra, según dice a su jefe y amigo don Juan Manuel de Cagigal.

Agrega que ha cultivado de antemano los principales idiomas de Europa; que todos los principios de su educación y toda esa simiente, que con no pequeño afán y gastos se ha estado sembrando en su entendimiento, por espacio de treinta años de edad, quedaría sin fruto ni provecho, por falta de cultura a tiempo. . . Afirma que "La experiencia y conocimiento que el hombre adquiere visitando y examinando personalmente con inteligencia prolija en el gran libro del universo, las sociedades más sabias y virtuosas que lo componen; sus leyes, gobierno, agricultura, policía, comercio, arte militar, navegación, ciencias, artes, etc., es lo que únicamente puede sazonar el fruto y completar de algún modo la obra de formar un hombre sólido y de provecho".

Cuando Miranda llega a Suiza a finales de julio de 1788, trae consigo un gran bagaje intelectual y experiencia adquirida en los cinco años que lleva viajando por el Siglo de la Razón. Ha visitado ya los Estados Unidos, Inglaterra, Prusia, los territorios del Imperio de José II, las repúblicas aristocráticas de Ragusa y Venecia, Italia, Grecia, Turquía, Rusia, países nórdicos, ciudades hanseáticas, Holanda, Bélgica, Alemania. . .

La lista de los personajes importantes, de todo orden, que ha conocido y tratado personalmente, es larga. En sus baúles llenos de libros y papeles, entre los cuales va su "diario de viaje", hay material para formar 10 volúmenes de manuscritos, únicamente con sus anotaciones cotidianas. No ha pasado un día, sin que apunte, como lo exige la usanza, todo lo que ve y oye, sus impresiones y reflexiones. Escribe con buena letra y excelente calidad de tinta. Redacta con naturalidad, espontaneidad y lenguaje sencillo. A veces prefiere no salir de la posada hasta no haber puesto en el papel, a la luz tenue de una vela, las observaciones del día.

El historiador Parra-Pérez sostenía que el mayor interés que ofrecían los papeles de Miranda consistía en que cualquiera de sus anotaciones, por insignificante que pareciera, abría a quien sabía leerlas, variadísimas perspectivas de investigación histórica. Pero también a través de sus notas, que en ningún momento pensaba publicar, se configura y destaca el carácter y personalidad del hombre.

Es el viajero inquieto, hijo del Siglo de las Luces, que se interesa por todo. Poseedor de un gusto por lo clásico y lo antiguo, y de un sentimiento muy desarrollado por lo bello, sabe admirar las obras inimitables del demiurgo o del divino artífice, y es capaz de emocionarse ante los rasgos hermosos de la naturaleza o ante una obra de arte. Amante de la libertad, del orden y la limpieza, no oculta su rechazo ante cualquier gesto de despotismo o de intolerancia. Hombre de gran franqueza, pronto a la simpatía o a la antipatía, de juicios sanos y ponderados, es atraído por el progreso de la ciencia y el ingenio de los pueblos que buscan la prosperidad y el bienestar.

Miranda acaba de dejar la región alsaciana para encaminar sus pasos hacia la Suiza de Lavater, Gessner, Bonnet y Saussure. Este viajero ilustrado no podía dejar de recorrer aquellos parajes considerados tierras libres de Europa, en medio de un mundo monárquico y del absolutismo reinante.

El país helvético había sido cobijo de una emigración religiosa venida de Italia, Alemania, y particularmente de Francia, como consecuencia de la revocación del Edicto de Nantes; asilo de conspiradores rusos expulsados del Kremlin, del español Pablo de Olavide, acosado por la Inquisición. Refugio de escritores como Rousseau, Voltaire, Gibbon, etc., contribuyendo todos a la creación de un país cosmopolita, sobre todo a orillas del lago Lemán.

Ginebra, situada en el cruce de cuatro rutas: Saboya, Lyon, Suiza y Jura, estaba acostumbrada a la circulación constante de mercaderes y viajeros, resultando una ciudad opulenta y rica por el auge del comercio, industrias de lujo y especulación financiera. Su espíritu de resistencia política contra el Príncipe Obispo y el duque de Saboya, la convierte en una ciudad faro. Escuela de las naciones o Virgen sabia que mantenía alta su lámpara, decía el famoso historiador Michelet. La imprenta ginebrina, libre y tolerante, trabajaba de noche y de día para multiplicar los libros que entraban clandestinamente en Italia, Francia, Inglaterra y Países Bajos. En Ginebra había hecho imprimir Montesquieu su "Espíritu de las Leyes", y el abate Raynal su "Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las Indias", obra polémica, anticolonialista y anticlerical.

Suiza era, en efecto, uno de los países más visitados de Europa, junto con Grecia e Italia. El día 1º de agosto, fiesta nacional de la Confederación, Miranda observa en Basilea, el prodigioso número de gentes que viaja por Suiza. En un libro de visitantes, del Jardín de la Soledad Romántica, ha contado 1.209 viajeros, durante el año 1787, y 900 hasta el día.

Atraía la prosperidad económica de los cantones reformados y lo agreste y pintoresco del paisaje. Seducía la novedad de Chamonix, desde donde el especialista de la física en alta montaña, Saussure, impulsaba el alpinismo. Las Montañas

Malditas, como se denominaba el macizo, se ponen de moda con la conquista de la cima del Mont Blanc, el 8 de agosto de 1786, y la ascensión del propio Saussure en 1787.

A la práctica de escalar montañas y contemplar los glaciares, se aunaba el progreso de las luces con la pléyade que por aquella parte florecía. La misión del escritor aparece como esencialmente docente, y así Gibbon, Gessner, Pictet, Prevost, Müller, Bonnet, Chandler, Lavater, Tronchin, Tissot, Senebier, Necker y su mujer, Saussure y su hija Albertina, Mme. de Charrière, y hasta hace poco Voltaire y Rousseau, son muy solicitados.

Durante tres meses y medio, Miranda atraviesa la Confederación de norte a sur y de este a oeste, provisto de cartas de recomendación, acompañado de su criado, muchos mapas, papeles y libros, y utilizando seudónimos para escapar a la vigilancia de la Corte de España y de la Inquisición. Con un plan de viaje bien preciso, no pierde un instante en visitar y examinar lo más interesante de cada lugar. Se acuesta y se levanta temprano. Come frugalmente y coge con la mano la fruta del árbol, pues abundan ciruelas, peras, avellanas, manzanas, uvas y duraznos.

Lo primero que observa es la diferencia de prosperidad y bienestar que existe entre los cantones protestantes y católicos. El espíritu católico, dado a la pasividad intelectual y prácticas supersticiosas, parecía incompatible con el progreso de las luces, contrariamente a la visión protestante que alentaba la industria naciente y fomentaba la iniciativa económica.

Desde el primer instante queda cautivado con la sublime belleza del país, gozando el todo con la lectura de "Las Geórgicas", de Virgilio, y los "Idilios", de Gessner, ambos, poetas que cantaban la naturaleza. ¡Oh felicidad, y que cierto es que no habitas sino en los campos!, apunta en su diario. Pero también lee a Erasmo, Pauw, Rousseau, Mengs, Müller, Coxe, Archenholz, Pilati, Necker, y las obras regaladas por los propios autores, como Lavater, Saussure, Bonnet, Mme. de Charrière y Senebier.

Miranda siempre consideró que quien no leía era un ignorante, y que cualquiera fuera la ocupación de un hombre, las letras era el recurso más grato de las horas libres. Un día ve con gusto unas mujeres trabajar y tener a la mano libros de Young, Chesterfield y Rousseau, y exclama: "¡Véase cómo este pueblo mezcla la industria a su instrucción!"

La comunicación con gente del país que pudiera ofrecerle la información deseada le preocupaba. Su mayor deleite era la conversación agradable e instructiva. La futilidad le exasperaba y muchas veces prefería quedarse en su cuarto leyendo, antes que perder el tiempo en reuniones frívolas.

En Suiza, el placer de la dulce conversación quedará para siempre grabado en la memoria de Miranda, con la compañía *dilettante* de artistas como Sonneschein, Freudenberg, Sprungli, Lafond, Ritter, o la grata sociedad de sabios como Pictet, Bonnet, Saussure, Senebier, Tissot y Bertrand; del literato Prevost, y dos

mujeres de letras, encantadoras por su cultura e inteligencia: Mme. de Charrière y Mme. Necker de Saussure.

Pero a su vez, este caraqueño, de rostro moreno y rasgos firmes, de buena planta y buen conversador... este hombre, de quien Bonaparte dijera: "tiene el fuego sagrado en el alma", sabía ganarse con su saber y modales, el aprecio de quienes lo recibían y convidaban. Efectivamente, sus anfitriones requerían su compañía, porque en su semblante, gestos y manera de expresarse, se percibía algo que salía de lo ordinario, además de su manifiesta y profunda ilustración.

En una carta de la época, el naturalista Pictet, refiriéndose a Miranda expresaba: "Es el hombre más extraordinario que he visto jamás, por la extensión de sus viajes en las cuatro partes del mundo, los conocimientos que ha adquirido a través de éstos, la riqueza de su conversación, su ciencia en la historia, la literatura, las bellas artes, en una palabra, por una universalidad de la que yo no tenía idea y de la que no he visto otros ejemplos".

Años más tarde, en París, una hermana del famoso Saussure volvía a confirmar este testimonio y recordaba todavía el paso de Miranda por Ginebra, en casa de su familia. Comentaba que su conversación le había causado gran impresión y no olvidaba al viajero notable, con talento, fuego e imaginación, que había recorrido todo el universo, examinándolo en observador, perseguido por la Inquisición; que conocía mucho a la Emperatriz de Rusia y a Potemkin, y que anunciaba el amor más violento a la libertad, ávido de todos los conocimientos.

En Zurich, Lavater, analizando los rasgos de su cara, ve en Miranda el sentimiento de la fuerza, de la energía, del valor, y una gran capacidad de comprensión y penetración de la realidad, con un toque de orgullo despreciativo. Se trataba de un estudio fisiognomónico, práctica que Lavater dominaba, junto con el sabio Camper, de La Haya, y en la que Goethe se mostraba muy interesado, sobre todo para poder descubrir las reglas del ideal artístico de los griegos.

El 8 de septiembre, Lavater escribe a Miranda: "¿En qué momento podría yo ver a mi amigo Mairat, que me compensa de tanto extranjero fastidioso e incapaz de dar y recibir ideas?". Ya solos y engolfados en conversación, Lavater le da su opinión sobre Federico de Prusia y Washington, dos protagonistas que Miranda había conocido personalmente. No discrepaba el caraqueño del dictamen de Lavater, y desde aquella fecha se establece entre los dos hombres una larga y entrañable amistad. Lavater guardará en su colección de retratos el de Miranda, junto con el análisis de su fisonomía, y éste conservará en su archivo, dos escritos de pensamientos morales de Lavater, uno de ellos manuscrito, regalado por el autor.

También conservaba Miranda, desde 1783, los dos primeros volúmenes de la "Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano", de Gibbon. Los había obtenido en La Habana, antes de salir para los Estados Unidos, y ya entonces la Historia de Gibbon había conseguido un prodigioso éxito, siendo más tarde, junto con Montesquieu y Raynal, uno de los autores más leídos en toda Europa.

Gibbon había dedicado doce años de su vida a la elaboración escrupulosa de esta obra erudita, para lo cual, se afirma, utilizó unos 3.000 títulos, la mayoría de su biblioteca personal. Amigo de d'Alembert, Diderot, Hume, Raynal, Voltaire, Necker y otras personalidades de la época, vio recompensada su labor con el reconocimiento de historiadores como Hume y Robertson, contribuyendo al desarrollo de las ciencias históricas en Gran Bretaña. Pensaba Gibbon que si los filósofos no eran siempre historiadores, había que desear al menos que los historiadores fueran filósofos.

En el momento en que Miranda recorría Helvecia, Gibbon regresaba de Londres, donde recientemente terminaba de publicar los tres últimos volúmenes de su Historia. Volvía a Lausana y a orillas de su lago, que conocía y quería desde su primera juventud. Era allí donde bajo una suave administración, en medio de un bello paisaje y entre un pueblo afable y cortés, había llevado una vida libre e independiente, según su expresión. Era allí donde el autor componía sus renglones, rodeado de lo que él llamaba su harén, es decir los libros que formaban una parte de su fabulosa biblioteca, ya que la otra la tenía en Londres.

“Fuimos allá —dice Miranda en su diario— y me condujeron a un hermoso apartamento con su chimenea y ornado de libros hasta el tope por todas partes, y con tres ventanas que comandan la más soberbia y magnífica vista sobre el lago y altos Alpes, que quiera imaginarse. La colección de libros será como de 5.000 volúmenes, escogidos entre lo mejor que la literatura griega, latina, inglesa, francesa e italiana ha producido, encuadernados con gusto y elegancia. Propio paraje para concebir las altas y sublimes ideas que el Tácito de estos tiempos ha escrito tan elegantemente. . . ¡Homero estaba sobre la mesa!”.

Refiriéndose a los suizos, Gibbon hablaba de la sabiduría de una nación que, después de algunos arrebatos de aventuras marciales, se ha contentado con guardar las bendiciones de la paz con la espada de la libertad. . .

Miranda presta atención a la historia de los alemanes y burgondios y, leyendo a Müller, denominado el Tucídides de Helvecia, explora con aplicación los lugares donde se han producido las acciones y actos emblemáticos de la milenaria Suiza. Pasa por los parajes del legendario Guillermo Tell, y de Winkelried, héroes suizos; sitios de las batallas decisivas de Morgarten, Sempach, Morat y otras hazañas épicas, que confirman y simbolizan la vieja lucha del pueblo contra la influencia de los Habsburgo o la expansión del poderío borgoñón.

En definitiva, es la historia de la Confederación fundada en 1291, cuando los tres aldeanos de los Alpes: Walter Fürst (Uri), Werner Stauffacher (Schwyz) y Arnold von Melchthal (Unterwalden), juraron solemnemente en Rütli tomar las armas y defenderse contra la intrusión extranjera, manteniendo un acuerdo de unión perpetua que fue renovado en 1315, con el Pacto de Brunnen. Y como consecuencia del logro obtenido, la alianza de los cantones primitivos se ve reforzada, poco a poco, con la adhesión de otros cantones, conservando cada uno su gobierno, sus leyes y su autonomía, pero, sin embargo, unidos en la lucha contra el enemigo común. En 1648, la existencia de la Confederación queda reconocida en los acuerdos de Westfalia.

Con todo, Suiza había sido escenario de querellas y guerras de religión. En el siglo xv, la Reforma católica celebró en Constanza y Basilea dos concilios claves para la cristiandad, y sacrificó al reformador Juan Hus, quien fue quemado vivo por hereje. Por otra parte, la Reforma protestante, o Reformación, penetra en Zurich con Zwinglio a partir de 1519, y poco más tarde con Oecolampade en Basilea; Fareil y Calvino en Ginebra, inmolando, igualmente, al teólogo Miguel Servet. Leyendo un día en Ginebra la vida de Calvino, Miranda decía: "Creo efectivamente que tuvo mucha culpa en el suplicio del pobre Servet...".

No tardó el país helvético en ver aparecer después la Contra-Reforma católica, impulsada por el arzobispo de Milán, Carlos Borromeo, reconquistando con su predicación la Suiza oriental y meridional. No obstante, desde Zwinglio, los cantones suizos estaban ya divididos en dos campos bien determinados: católicos y protestantes; los primeros en las zonas rurales y los segundos en las ciudades. Tomaron las armas en varias ocasiones y, a veces, la Confederación se vio debilitada, si bien ésta predominó siempre por encima del conflicto. Finalmente se concluye en 1712 una paz general, en la Dieta de Aarau, con ventaja para los protestantes que acababan de ganar la segunda guerra de Villmergen.

En adelante, Suiza gozará de una paz prolongada hasta el advenimiento de la Revolución Francesa, disfrutando de un período de desarrollo económico, intelectual y artístico. Y todavía volverá a ser, en 1789, refugio de emigrados franceses, que huían esta vez por razones políticas.

Esta es la Suiza que Miranda conoció en 1788. Sus impresiones quedan anotadas en el diario de viaje llevado escrupulosamente. Un manuscrito de su propia mano que nunca fue retocado y que se conserva intacto en los tomos XV y XVI de su Archivo original, depositado en la Academia Nacional de la Historia de Caracas. Estas anotaciones, como efectivamente afirma Parra-Pérez, invitan a la reflexión sobre muchos aspectos de la historia, y en este caso particular, la del singular país alpino. Es una instantánea del estado, costumbres y vida de la Suiza alemana y romanda, un año antes del estallido de la Revolución en Francia, y un documento valioso que refleja la idiosincrasia de una nación que ya había hecho su historia con anticipación al siglo xviii o siglo de la Ilustración.

En este país queda fortalecida la alta idea de la libertad y de la cosa pública, que Miranda concibió al inicio de sus viajes por Estados Unidos e Inglaterra. El insigne abogado Chauveau Lagarde, en su alegato en favor del General venezolano ante el temible Tribunal Revolucionario, recuerda que fue en Suiza, donde el panorama de los diferentes gobiernos, más o menos libres, le hizo ver a Miranda lo que la política puede producir en el destino de los hombres, y lo confirmó en la idea que él había particularmente traído de Italia, y es que el pueblo no llega jamás al último grado de felicidad sino en los gobiernos democráticos.

Miranda es ya un hombre de provecho. El andante es un mozo transformado en un ciudadano del mundo que ha conseguido efectuar la etapa de su instrucción y educación, indispensable en la vida de un hombre que quiere ser útil. Después de Suiza, continuará su viaje por Francia, precisamente en el momento en que se plantea el asunto de la convocación de los Estados Generales, punto de partida de

la Revolución. Al cabo de seis años de peregrinaje, un mes antes de la toma de la Bastilla, regresa a Londres para iniciar una nueva fase de su existencia. En adelante su finalidad será la defensa de la libertad en una causa concreta, y en virtud de su lealtad incondicional hacia la patria chica que le vio nacer.

El viajero ilustrado se convertirá en el Precursor de la Independencia de Venezuela, y será el “más ilustre Colombiano”, como dijo Simón Bolívar, años después. Sin embargo, antes se desempeñará como General de los ejércitos de la Libertad en los instantes más críticos de la Revolución Francesa. La República daba empleo al militar filósofo, ardiente defensor de la gran y nueva Revolución, valiéndole el calificativo de “espada de la Gironda”, como lo llamaban sus contemporáneos. El más republicano de todos los generales y el más ferviente apolo-gista de los derechos del hombre.*

* El Archivo original del General Miranda consta de 63 tomos de manuscritos e impresos, mandados a empastar en cuero por él mismo, en 1810, antes de salir para Venezuela. Púsole el nombre de “Colombeia” y lo clasificó en tres secciones: Viajes, Revolución Francesa y Negociaciones. La sección Viajes se ha publicado integralmente en dos ocasiones: primera edición (1929-1950) y segunda, en curso, “Colombeia”, editada por la Presidencia de la República.